

EL VIAJE DE LOS ILUSTRADOS ESPAÑOLES POR EUROPA

Alberto González Troyano
Grupo de Estudios del S. XVIII

ALGUNAS INDICACIONES PROGRAMATICAS

En el siglo XVIII se inicia, aunque tímidamente, un cierto hábito viajero por España, entre cuyas motivaciones empieza a figurar casi siempre el ansia de un mejor conocimiento del país. Ello habría de tener, sobre todo cuando el viajero procedía del exterior, importante repercusión en la imagen y en la valoración de la cultura, de la economía y de la política de la península por parte de los ilustrados europeos. Pero también estuvo cargada de significación otra actitud: la del viaje de ilustrados españoles por Europa, que, aunque no alcanzó el predicamento de una costumbre ritual, si contó, de todos modos, con algunos notables ejemplos.

Una peculiar tradición española, siempre pendiente de la mirada y de la opinión extranjera a la hora de configurar la propia valía, ha provocado que durante mucho tiempo se privilegiasen sobre todo los estudios y las ediciones de los viajeros foráneos por estas rutas meridionales. Pero en los últimos años parece haberse alterado algo esa predisposición. Quizás deba atribuirse a simple azar, al propio agotamiento de la vena del “viaje por España”, o a que, realmente, se despierta, cada vez más, el interés por ese otro tipo de mirada: la que testimonian aquellos españoles que, por la misma época, encaminaron sus pasos hacia otros países europeos. Sea cual sea, pues, su causa, de todos modos, comienzan ya a ser asequibles materiales inéditos, se han preparado ediciones y estudios. Y aunque cuantitativamente inferior, en viajeros y en libros, este otro apartado del “viaje fuera de España” congrega múltiples alicientes al servir de indicador de la reacción y la sensibilidad del hombre español ante las novedades y diferencias que albergaba el mundo europeo, y al mismo tiempo no deja de aportar una valiosa documentación para adentrarse y conocer las singularidades de unos países, tan próximos a veces en lo geográfico y tan distantes en hábitos y cultura.

Sarrailh, en su monumental obra sobre *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, expuso en uno de los capítulos una densa información de los

viajeros españoles por Europa, en el que compendia sus motivaciones, finalidades y medios, a la par que da cuenta de las cosas que sorprendían y admiraban a aquella minoría de españoles que gozaron del privilegio de “correr cortes” por Europa. El hispanista francés se apoya en un artículo publicado en *El Diario curioso*, de Barcelona, el 23 de Noviembre de 1772, para sintetizar el cometido que suele prevalecer en este tipo de viajero, que, en un principio, deberá: “observar las costumbres de la tierra que transita, el natural del príncipe que reina en ella, las cualidades de sus ministros, las leyes del país y la religión, y la forma del gobierno, y la extensión de la obediencia de los vasallos, cómo se halla el Estado con sus vecinos, qué defecto hay en cada gobierno..., el comercio de cada país y las cosas que están obligados a sacar de los extranjeros, las rentas ordinarias de cada Corona y su método de hacer dinero en caso de necesidad, y sus fuerzas por tierra y por mar. Por lo que mira a aprender las lenguas y observar las antigüedades, los palacios y las iglesias, no es menester decirlo” (1).

Se resume ahí un programa consecuente con el ideario más compartido por aquella época. Clavijo viene a expresarlo también con parecidas palabras, aunque hace más concreta alusión al beneficio que para el país pueden deparar esos desplazamientos al exterior, porque “el que viaja con ánimo de lograr una instrucción útil a su patria: examina con igual cuidado las artes y ciencias que florecen en los países que ve; averigua la protección y fomento que encuentran en el gobierno, el uso que éste hace de la aplicación de los particulares, el arte con que sabe dirigirla a fin de su constitución, y sobre todo procura indagar cuál es el talento dominante de cada pueblo. Un hombre que hubiere viajado de esta manera puede ser de grande utilidad en la república. De vuelta de su giro debe conocer mejor a su nación” (2).

El realizador por excelencia del viaje ilustrado por España, el modélico Antonio Ponz, cuando decide proseguir su labor notarial en el exterior, en su *Viaje fuera de España*, incide en que le determina “a salir de España y recorrer otros Reinos y Provincias” el “proponer los ejemplos que le parecen dignos de imitarse, como también los que se deben huir; mencionar las obras de las nobles artes; dar alguna idea de las bellezas naturales de los territorios, y del mejor cultivo de los mismos, sin lo cual no se persuade que las artes podrán hacer grandes progresos” (3).

Podrían multiplicarse los ejemplos. Los viajes llevados a cabo pudieron responder o no a estas consignas ilustradas, pero de todos modos, quedaba patente que había cobrado cuerpo una opinión pública que prefijaba las condiciones con las que habría de emprenderse el viaje individual del ilustrado. Para ser socialmente aceptable debía implicar, pues, una mirada interesada. Lo “otro”, es decir lo visitado –el país, el paisaje, la obra de arte, los cultivos, el gobierno y sus vasallos– era observado, valorado, con el fin de calibrar hasta qué punto debía ser imitado o rehuido.

(1) *Diario curioso*, Barcelona, 23 de noviembre de 1772.

(2) Clavijo, *El Pensador*, t. II, pág. 161.

(3) Antonio Ponz, *Viaje fuera de España*, Prólogo, pág. 1; Madrid, 1785.

En realidad esta actitud programática respondía a una concepción europea generalizada y acentuada por aquella época. En las formulaciones previas de gran parte de los ilustrados europeos que iniciaban la aventura del *Grand Tour* ya debía incluirse esa premisa. Era como una forma aparente de encubrir el lujo individual que suponía la realización de un viaje de este tipo: el dar cuenta de lo observado, el iluminarlo para los que quedaban en la imposibilidad de desplazarse, se convertía así en una especie de compensación moral y social. De eso mismo surgía a un mismo tiempo la demanda y la justificación de relatar por escrito la experiencia acometida.

De todos modos, aun compartiendo esa tónica general, las consignas españolas suelen mostrar otros indicios más propios y singulares. Así, los inductores españoles más convencidos de la prioridad reformista y de la validez del modelo ilustrado europeo –sobre todo francés e inglés–, hacen hincapié en la necesidad de percatarse de las mejoras existentes allende. Persuadidos de los muchos atrasos que acongojaban al país, ven en la Europa más adelantada una posibilidad de contagio y asimilación. El viaje tiene para ellos sobre todo una finalidad pedagógica, y la mirada que se despierta a las ventajas del exterior puede luego propiciar las mejoras internas exigibles, porque ya existe también un modelo que imitar.

Pero si bien, en este último caso –dada la situación política y social española– la sumisión al modelo exterior podía quedar justificada, hay otro rasgo que denota otro tipo de dependencia más singular y menos disculpable, y que conecta con esa actitud española de extrema preocupación por la imagen que se refleja ante la mirada del otro: del extranjero. Ya era frecuente que en los relatos de los viajes de los ilustrados españoles por España, se dedicase considerable espacio a corregir y a polemizar con la mala imagen que del país habían dado en libros anteriores escritores extranjeros. Pero lo que ya puede manifestar una susceptibilidad excesiva ante la mirada exterior, y por consiguiente una significativa dependencia, es el incluir también entre las recomendaciones para el viaje fuera de España esa misma actitud correctora, como prueba gran parte del prólogo de Antonio Ponz a su *Viaje fuera de España* y este comentario también perteneciente a Clavijo y publicado en *El Pensador*: “Un español que se propone viajar, además de las miras comunes de todo viajero sensato, debe tener la de contribuir por su parte a borrar el bajo concepto que tienen de nosotros los extranjeros” (4).

(4) Clavijo, *El Pensador*, t. II, pág. 164.